

Lectura del santo evangelio según san Marcos 7,31-37

En aquel tiempo, dejó Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos.

Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo:

- «Effetá», esto es: «Ábrete».

Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad.

Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían:

- Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

*Hospitalidad. Comunicarse
Abrirse a la vida*

HOSPITALIDAD

Francesc Torralba acaba de publicar un precioso libro sobre la hospitalidad. Según el joven pensador catalán, en una sociedad donde crece la exclusión, las inmigraciones masivas y el número de personas en busca de hogar y protección, pocas virtudes sociales son más necesarias que la hospitalidad como acto de «acoger al otro extraño y vulnerable en nuestra propia casa». (F. Torralba. Sobre la hospitalidad. Extraños y vulnerables como tú. PPC, Madrid 2003).

Cada vez nos vamos a encontrar en nuestro camino con más «extraños», personas que no pertenecen a mi universo racial, religioso, cultural o económico. No hemos de pensar sólo en el extranjero que no habla nuestra lengua, tiene un rostro diferente y camina entre nosotros como desorientado. También es un extraño el niño que pide limosna, la prostituta que viste de manera llamativa o el mendigo que recoge las basuras que nosotros echamos.

Al mismo tiempo, son personas «vulnerables», que no viven como los demás. Ellos andan todo el día buscando protección. Viven privados de seguridad, en «*estado carencial*». No se bastan a sí mismos para vivir. Necesitan de los otros. En ellos aparece como en ningún otro sector esa condición del ser humano como «*homo mendicans*».

La hospitalidad exige, en primer lugar, reconocer al otro, no seguir mi camino ignorando su existencia y borrándolos de mi vida. Todo ser humano necesita ser reconocido, y cuando es ignorado o reducido a la nada, sufre pues se queda sin espacio para vivir con paz y seguridad.

La hospitalidad pide, además respetar y defender la dignidad de estas personas. No humillarlas, ni tratarlas de cualquier manera. Son como nosotros, personas que buscan vivir. Hemos de aprender a liberarnos de prejuicios para entender su mundo, comprender su situación y ponernos en su lugar.

La hospitalidad nos urge, por último, a escuchar sus necesidades para actuar. Nuestro ser crece cuando nos responsabilizamos y hacemos por el otro el bien que podemos. No siempre es fácil saber cómo actuar. Lo primero que se nos pide es vivir con un corazón abierto

y dispuesto a la ayuda. El grito de Jesús al sordomudo que sólo se escucha a sí mismo: «Ábrete», es una invitación a salir nuestro solipsismo para escuchar al que sufre.

COMUNICARSE

Hay muchas clases de soledad. Algunos viven forzosamente solos. Otros buscan la soledad porque desean «*independencia*», no quieren estar «*atados*» por nada ni por nadie. Otros se sienten marginados, no tienen a quien confiar su vida, nadie espera nada de ellos. Algunos viven en compañía de muchas personas, pero se sienten solos e incomprensidos. Otros viven metidos en mil actividades, sin tiempo para experimentar la soledad en que se encuentran.

Pero la soledad más profunda se da cuando falta la comunicación. Cuando la persona no acierta ya a comunicarse, cuando a una familia no une casi nada, cuando las personas solo se hablan superficialmente, cuando el individuo se aísla y rehuye todo encuentro verdadero con los demás.

La falta de comunicación puede deberse a muchas causas. Pero hay, sobre todo, una actitud que impide de raíz toda comunicación porque hunde a la persona en el aislamiento. Es el temor a confiar en los demás, el retraimiento, la huida, el irse distanciando poco a poco de los demás para encerrarse dentro de uno mismo.

Este retraimiento impide crecer. La persona «*se aparta*» de la vida. Vive como «*encogida*». No toma parte en la vida porque se niega a la comunicación. Su ser queda como congelado, sin expandirse, sin desarrollar sus verdaderas posibilidades.

La persona retraída no puede profundizar en la vida, no puede tampoco saborearla. No conoce el gozo del encuentro, de la comunicación, del disfrute compartido. Intenta «*hacer su vida*», una vida que ni es suya ni es vida.

Cuanto más fomenta la soledad, la persona «*se aísla*» a niveles cada vez más profundos y se va incapacitando interiormente para todo encuentro. Llega un momento en que no acierta a comunicarse consigo misma ni con Dios. No tiene acceso a su mundo interior, no busca su verdadera identidad personal ni sabe abrirse confiadamente al amor de Dios. Su vida se puebla de fantasmas y problemas irreales.

La fe es siempre llamada a la comunicación y la apertura. El retraimiento y la incomunicación impiden su crecimiento. Es significativa la insistencia de los evangelios en destacar la actividad sanadora de Jesús que hacía «oír a los sordos y hablar a los mudos», abriendo a las personas a la comunicación, la confianza en Dios y el amor fraterno.

El primer paso que necesitan dar algunas personas para reanimar su vida y despertar su fe es abrirse con más confianza a Dios y a los demás. Escuchar interiormente las palabras de Jesús al sordomudo: «*Effeta*», es decir, «*Ábrete*».

ABRIRSE A LA VIDA

A. Camus ha descrito como pocos el vacío de la vida monótona de cada día. Escribe así en El mito de Sísifo: «*Resulta que todos los decorados se vienen abajo. Levantarse, tranvía, cuatro horas de oficina o de taller, comida, tranvía, cuatro horas de trabajo, descanso, dormir y el lunes-martes-miércoles-jueves-viernes-sábado, siempre el mismo ritmo, siguiendo el mismo camino de siempre. Un día surge el "porqué" y todo vuelve a comenzar en medio de ese cansancio teñido de admiración*».

Desvanecido el espejismo de las vacaciones, es fácil que más de uno sintonice con los sentimientos del escritor francés. A veces es la vida monótona de cada día la que nos plantea en toda su crudeza los interrogantes más hondos de nuestro ser: «*Todo esto, ¿para qué? ¿Por qué vivo? ¿Vale la pena vivir así? ¿Tiene sentido esta vida?*»

El riesgo es siempre la huida. Encerrarse en la ocupación de cada día sin más. Vivir sin interioridad. Caminar sin brújula. No reflexionar. Arrastrarse sin esperanza. Perder incluso la sed, el deseo de vivir con más hondura.

No es tan difícil vivir así. Basta hacer lo que hacen casi todos. Seguir la corriente. Vivir de manera mecánica. Sustituir las exigencias más radicales del corazón por toda clase de «*necesidades*» superfluas. No escuchar ninguna otra voz. Permanecer sordos a cualquier llamada profunda.

El relato de la curación del sordomudo (Mc 7, 31-37), redactado según un esquema catequético bien conocido, es una llamada a la apertura y la comunicación. Aquel hombre sordo y mudo, encerrado en sí mismo, incapaz de salir de su aislamiento, deja que Jesús trabaje sus oídos y su lengua. La palabra del Profeta resuena como un imperativo de contornos universales: «*Ábrete*».

Cuando no escucha los anhelos más humanos de su corazón, cuando no se abre al amor, cuando, en definitiva, se cierra al Misterio último que los creyentes llamamos «*Dios*», la persona se separa de la vida, se cierra a la gracia y ciega las fuentes que le harían vivir.

CURAR NUESTRA SORDERA

Los profetas de Israel usaban con frecuencia la «sordera» como una metáfora provocativa para hablar de la cerrazón y la resistencia del pueblo a su Dios. Israel «tiene oídos pero no oye» lo que Dios le está diciendo. Por eso, un profeta llama a todos a la conversión con estas palabras: «Sordos, escuchad y oid».

En este marco, las curaciones de sordos, narradas por los evangelistas, pueden ser leídas como "relatos de conversión" que nos invitan a dejarnos curar por Jesús de sorderas y resistencias que nos impiden escuchar su llamada al seguimiento. En concreto, Marcos ofrece en su relato matices muy sugerentes para trabajar esta conversión en las comunidades cristianas.

El sordo vive ajeno a todos. No parece ser consciente de su estado. No hace nada por acercarse a quien lo puede curar. Por suerte para él, unos amigos se interesan por él y lo llevan hasta Jesús. Así ha de ser la comunidad cristiana: un grupo de hermanos y hermanas que se ayudan mutuamente para vivir en torno a Jesús dejándose curar por él.

La curación de la sordera no es fácil. Jesús toma consigo al enfermo, se retira a un lado y se concentra en él. Es necesario el recogimiento y la relación personal. Necesitamos en nuestros grupos cristianos un clima que permita un contacto más íntimo y vital de los creyentes con Jesús. La fe en Jesucristo nace y crece en esa relación con él.

Jesús trabaja intensamente los oídos y la lengua del enfermo, pero no basta. Es necesario que el sordo colabore. Por eso, Jesús, después de levantar los ojos al cielo, buscando que el Padre se asocie a su trabajo curador, le grita al enfermo la primera palabra que ha de escuchar quien vive sordo a Jesús y a su Evangelio: «Ábrete».

Es urgente que los cristianos escuchemos también hoy esta llamada de Jesús. No son momentos fáciles para su Iglesia. Se nos pide actuar con lucidez y responsabilidad. Sería funesto vivir hoy sordos a su llamada, desoír sus palabras de vida, no escuchar su Buena Noticia, no captar los signos de los tiempos, vivir encerrados en nuestra sordera. La fuerza sanadora de Jesús nos puede curar.

Markos 7,31-37

Utzi zuen Jesusek Tiro aldea eta, Sidonen barrena, Galileako aintzirara iritsi zen berriro, Dekapolisko lurraldean zehar.

Gizon gor bat eraman zioten, hizmotela gainera, eta eskua ezartzeko eskatu zioten. Jesusek, jendearengandik aparte harturik, hatzak belarrietan sartu zizkion eta listuz mihia ukitu. Gero, zerura begiratu, hasperen egin eta esan zion: “Effata!” (hau da, “Ireki!”).

Eta une berean, ireki egin zitzaizkion belarriak, mihia askatu eta garbi hitz egiten hasi zen. Gertatua inori ez aipatzeko agindu zien Jesusek; baina zenbat eta gehiago agindu, orduan eta areago zabaltzen zuten. Eta biziki harrituta, honela zioten: “Ongi egin du dena: gorrei entzunarazi eta mutuei hitz eragin”.

GURE GORRERIA SENDATU

Jose Antonio Pagola

Israelgo profetek sarritan erabili ohi zuten «*gorreria*» hitza metafora probokatzaileratzat, herriak Jainkoari bere bihotza itxi eta eragozpenak jarri izana adierazteko. Herriak «*baditu belarriak baina ez du entzuten*» Jainkoa esaten ari zaiona. Horregatik, profeta batek bihotz-berritzeko deia egin die guztiei, hitz hauekin: «*Jende gorra, entzun eta aditu*».

Alde horretatik, ebanjelioetan kontatzen diren gorren sendatzeak «bihotz-berritzearen kontakizun» bezala har daitezke; hain zuzen ere, Jesusi senda gaitzan uztera dei egiten diguten kontakizunak dira; bai gure gorreria, bai Jesusi jarraitzeko ditugun geure eragozpenak senda ditzan uztera. Markosek, bere kontakizunean, ñabardura oso iradokitzaileak dakartza, kristau-elkarteetan bihotz-berritze horretan nola lan egin adierazteko.

Pertsona gorra beste guztiengandik urrun bizi ohi da. Gainera, badirudi ez dela jabetzen bere egoeraz. Ez da saiatzeko senda dezakeenagana hurbiltzen. Baina, bere zorionerako, adiskide batzuk beraz axolatu dira eta Jesusengana eraman dute. Horrelakoa izan beharko luke kristau-elkarteak: anai-arreben talde, bata bestea laguntzen dutenek osatua, Jesusen inguruan bizi eta senda ditzan uzten diotelarik.

Gorreria sendatzea ez da gauza erraza. Jesusek berekin hartu du gorra, alde batera erretiratu da eta hari buruz barne-bildu da. Premiazkoa dira barne-biltzea eta harreman pertsonalak. Geure kristau-elkarteetan beharrezkoa dugu ingurugiro hau: fededunei Jesusekin harreman barnekoiagoak eta bizi-indarrekoak izateko aukera emango diena. Jesu Kristorekiko fedea harekiko harreman horietan jaiotzen eta hazten da.

Jesusek era bizian landu ditu gaixoaren belarriak eta mihia, baina ez da aski. Beharrezkoa da gorra ere parte har dezan. Horregatik, Jesusek, begiak zerurantz, Aitari bere sendatze-lanean bat egin dezan eske, gaixoari hots egin dio, Jesusekiko eta haren Ebanjelioarekiko gor den orok entzun beharreko lehen hitza esanez: «*Ireki zaitez*».

Premiazkoa da kristauok ere, gaur egun, Jesusen dei hau entzun dezagun. Ez dira gaurkoak une errazak Jesusen Elizarentzat. Azti eta erantzukizunez joka dezagun eskatzen digu. Hondamendia izango litzateke gaur haren deiarekiko gor izatea, haren bizi-hitzei ez entzunarena egitea, haren Berri Ona ez aditzea, aldien ezaugarriei ez antzematea, gure gorrian hesiturik bizitzea. Jesusen indar sendatzaileak senda gaitzake.